

Yasunari Kawabata

Mil grullas



En la bella ciudad de Kamakura, una mujer que oculta una mancha en uno de los pechos manipulará los preciosos objetos de un rito que transvasarán, como fantasmas, el peso del erotismo de una generación a otra. Y así, un joven hereda las obsesiones amorosas de su padre, experto en la ceremonia del té. Mil grullas en vuelo aparecen a lo largo del relato como misterioso auspicio.

Yasunari Kawabata, uno de los mayores escritores japoneses del siglo XX, explora en esta novela la fuerza del deseo y del remordimiento, y la sensualidad de la nostalgia, en una bellísima historia en donde cada gesto tiene un significado, e incluso hasta el más leve roce o suspiro tiene el poder de iluminar vidas enteras, a veces en el preciso instante en que son destruidas. Una historia brillante acerca del deseo, el arrepentimiento y la sensualidad.

Mil grullas: *La ceremonia del té y sus tazones fantasma*

Figura emblemática, miembro de la Escuela de las Nuevas Sensibilidades (*Shinkankaku School*), guionista de un clásico del cine experimental de 1926 (*Una página de locura*, dirigida por Kinugasa Teinosuke), Kawabata Yasunari desde muy joven se instala activamente en el medio artístico. Su vida se había iniciado con una presencia de muerte que sólo «el inútil esfuerzo», sobre el que permanentemente vuelve, podía mitigar en parte: inútil esfuerzo por acceder a la belleza, a los conocimientos de un Occidente traspasado, inútil esfuerzo de la escritura. Perseguido por las pérdidas, la de su padre cuando era una criatura de dieciocho meses, su madre un año más tarde, su nodriza a los seis, su hermana a los diez, a los catorce su último familiar, el abuelo, en esa sucesión leyeron los estudiosos japoneses una «disposición de huérfano», que sólo encontró refugio en un mundo literario.

En una conferencia que dictó en Hawái en 1969, titulada «La existencia y el descubrimiento de la belleza», Kawabata cuenta cómo, sentado en un lujoso hotel, tiene una mañana la visión de mesas dispuestas en una terraza, con cientos de vasos colocados boca abajo brillando como diamantes bajo el sol tropical. Algo que nunca había visto y que lo deleita. Sentencia entonces que la literatura no hace sino registrar tales encuentros con la belleza.

Para Kawabata, los mejores calificados para descubrir la pura belleza son los niños pequeños, las mujeres jóvenes y los hombres moribundos. Así, las mejores sorpresas de estilo las deparan los textos escolares; así, toda su obra refleja su fascinación con un tipo de inmaculada mujer idealizada. Y por eso su ensayo clave se titula «Los ojos de un hombre moribundo».

La trama de *Mil grullas* (*Senbazuru*) gira alrededor de uno de los ritos consagrados de la cultura japonesa, la ceremonia del té, encuentro que desde el siglo XIII pacificaba a los guerreros. Para imaginar las escenas con los objetos apropiados se justificaría la consulta a una enciclopedia de arte: las grullas del pañuelo son un auspicioso símbolo de longevidad; los tazones ceremoniales de cerámicas renombradas; el Oribe oscuro con toques de blanco y diseño de helechos de la primera ceremonia; la jarra Shino de esmalte blanco y tenue rojo para la ofrenda floral fúnebre; el par de Raku, negro y rojo —tazones hombre/esposa—; el terrible Shino cilíndrico con la huella imborrable de un lápiz de labios, que será lanzado en una suerte de exorcismo pero cuyos pedazos habrá que enterrar con respeto; el Karatsu verdusco con toques de azafrán y carmesí, de asimétrica factura coreana que conformará con el anterior otra bella pareja de objetos-fantasma; las acuarelas de Sotatsu y las caligrafías del poeta Muneyuki que decoran el altar estético. Es el refinado mundo de la ciudad de Kamakura, son los entornos del templo zen Engakuji.

El recuerdo de una muchacha hermosa reaparecerá a lo largo del relato en la imagen de las mil grullas de su pañuelo, en contraste con la presencia de la madre y la hija, que serán amantes del protagonista. Desde el principio ya se dibuja un triángulo de mujeres que el protagonista ve de espaldas al ingresar en el recinto ceremonial. Se sucederán sin fin: la madre del joven Kikuji, desdibujada; Chikako, la

mujer de la mancha en el pecho, amante del padre de Kikuji, manipuladora que se apropia de la ceremonia y de los objetos que han pasado de mano en mano; la señora Ota, frágil carnalidad que enlaza dos generaciones de hombres; Fumiko, evanescente y en quien se continúa el *kharma* amoroso de la madre, y Yukiko, la joven de quien sólo se dice que es bella pues su gusto exquisito —la elección del diseño de su pañuelo y un bordado de lirios en su cinto— la califican sin necesidad de ninguna descripción. Todas serán vértices de sucesivas combinaciones.

En la noción de estructura novelística que Kawabata trabajaba, los incidentes eran más importantes que las conclusiones, y por eso lo más rico de la novela son los diálogos. Muchos compararon sus desarrollos con los de lentas obras de teatro *noh*: pues su placer eran los tiempos morosos que los plazos de entrega a las revistas le permitían; como en los versos encadenados, era la serie lo que le interesaba. Sus finales suelen ser vertiginosos, como en ésta, donde Fumiko desaparece y Kikuji sospecha que se ha suicidado igual que su madre, la señora Ota.

La práctica novelística de Kawabata no coincide con sus teorizaciones sobre la estructura en tres pasos. Sus novelas podrían terminar en cualquier punto y se diría que nunca hay un final. Se percibe un crecimiento sin un plan preconcebido, influido por la técnica del *fluir* de la conciencia que admiraba en la narrativa de Joyce y Proust, y la tradición japonesa de una continuidad por adición, como en el *Genji* o *El libro de la almohada*. No hacía caso del concepto de argumento, una superstición heredada de la aplicación de conceptos dramáticos, que no aplicaba a sus novelas, que se iban conformando, como las redacciones infantiles, con oraciones impredecibles, libres, iluminadas. Kawabata, que dejó muchísimos escritos inconclusos, también solía practicar otro curioso ejercicio: reducía los textos extensos a lo

que llamaba «relatos del tamaño de la palma de una mano», operación en la que lo consideraban maestro.

Al recibir en 1968 el Premio Nobel, para el que mucho colaboraron las espléndidas traducciones al inglés de Edward Seidensticker, Kawabata invocó el bello Japón, el Japón estético que desde el siglo XIX intriga a Occidente. Un Japón tradicional, «que se ha ido», pero que él encontraba en espacios naturales alejados de lo urbano o en los lugares donde se cumplían los viejos ritos: «el otro mundo» ajeno a la cotidianidad, donde hay una regresión a lo maternal al dejarse dominar el hombre por el sentimiento de *amae* (tomar provecho de la benignidad de otro, mostrarse como un niño consentido). Aquí, la casita del jardín, donde se practica la ceremonia del té, espacio preservado donde los tazones se cargan de una emotividad que desafía el tiempo y en el cual el rito convoca a un Eros que se vierte en cada gesto, contaminando a sucesivas generaciones de amantes. Pero la experiencia espiritual y estética se convierte, en manos de Chikako, en un ejercicio de la perversión, en un momento de gran tensión, en una exhibición de poder, como en el siglo XVII lo hacía Toyotomi Hideyoshi, el jefe militar, al desplegar los objetos ceremoniales de sus predecesores.

Como esas «islas en un mar distante» que le atraían, trabaja Kawabata su estilo elusivo tan influido por su clásico favorito, el *Romance de Genji*. Para percibirlo en bruma hay que sostener la ilusión de una lengua donde hay un modo para los hombres y otro para las mujeres, con una entonación, desinencias verbales y vocabularios diversos, donde los adjetivos declinan con indicaciones temporales, donde hay infinidad de recursos para expresar la duda, la suposición, lo incompleto. El primer episodio de *Mil grullas* se publicó en 1949; en 1951 la da por terminada. En un *haiku* del mes de enero de 1953, prometía:

En el cielo de Año Nuevo

*mil grullas vuelan
o así me parece.*

Pero la breve historia que inicia entonces, con el mismo protagonista, queda inconclusa.

AMALIA SATO

Mil grullas

1

Aun cuando había alcanzado a llegar a Kamakura y al Templo Engakuji, Kikuji no sabía si acudiría a la ceremonia del té. Ya llegaba tarde.

Siempre que Kurimoto Chikako oficiaba la ceremonia del té en la morada interior del Engakuji, él recibía una nota. Sin embargo, no había asistido ni siquiera una vez desde la muerte de su padre. Consideraba las notas tan sólo gestos formales en memoria de su padre.

Esta vez había una posdata: ella quería que él conociera a una joven a quien le estaba dando clases para la ceremonia del té.

Mientras leía, Kikuji pensó en la mancha de nacimiento de Chikako.

¿Tenía ocho, quizá, nueve años? Su padre lo había llevado a visitar a Chikako y la habían encontrado en la sala del desayuno. Tenía el kimono abierto. Estaba cortándose el pelo de la mancha con un pequeño par de tijeras. La mancha, grande como la palma de una mano, le cubría la mitad del pecho izquierdo y se desplazaba por el hueco entre ambos pechos. Parecía estar creciendo pelo sobre la mancha negro-morada, y Chikako estaba en el proceso de cortarlo.

—¿Trajiste al muchacho contigo?

Sorprendida, se acomodó el cuello del kimono. Luego, quizá porque apresurarse sólo había complicado sus esfuerzos por cubrirse, se volvió ligeramente y, con cuidado, metió el kimono dentro del obi.

Su sorpresa debió de haber sido causada menos por la aparición del padre de Kikuji que por Kikuji. Puesto que una doncella los había recibido en la puerta, Chikako debía saber, por lo menos, que el padre de Kikuji había llegado.

El padre de Kikuji no entró en la sala del desayuno. En cambio, se sentó en la habitación contigua, la habitación donde Chikako daba sus lecciones.

—¿Podría tomar una taza de té? —preguntó el padre de Kikuji de manera ausente. Miró la lámpara del nicho.

En el periódico que estaba sobre su rodilla, Kikuji había visto pelos que eran como los de una barba.

Aunque había plena luz de día, las ratas correteaban por el espacio vacío del cielo raso. Había un duraznero en flor junto a la veranda.

Cuando al fin ocupó su lugar junto al brasero del té, Chikako parecía preocupada.

Unos diez días después, Kikuji había oído a su madre decirle al padre, como si fuera un secreto extraordinario, que él no podía desconocer que Chikako no se había casado a causa de la mancha de nacimiento. Había compasión en los ojos de su madre.

—¿Ah, sí? —El padre de Kikuji cabeceó, aparentemente sorprendido—. Pero no importaría si su esposo lo viese, ¿verdad? En especial, si sabía de su existencia antes de casarse...

—Eso es exactamente lo que le dije. Pero, después de todo, una mujer es una mujer. No creo que yo hubiera sido capaz de decirle a un hombre que tenía una mancha enorme en mi pecho.

—Pero ya no es joven.

—Aun así, no sería fácil. Es probable que un hombre con una mancha pueda casarse y simplemente reírse cuando se lo descubren.

—¿Tú has visto esa mancha?

—No seas tonto. Claro que no.

—¿Sólo hablaron de él?

—Ella vino para mi lección y hablamos de toda clase de cosas. Supongo que sintió deseos de confesarse.

El padre de Kikuji permanecía en silencio.

—Imagina que ella estuviera por casarse. ¿Qué pensaría el hombre?

—Casi seguro sentiría rechazo. Pero puede que encontrara algo atractivo en él, al tenerlo como algo secreto. Por otra parte, el defecto puede realzar aspectos interesantes. De todas formas, no es un problema del cual valga la pena hablar.

—Le dije que no era un problema en absoluto. «Pero está sobre el pecho», dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Lo más difícil sería tener un niño que amamantar. El esposo podría tolerarlo, pero el niño...

—¿La mancha impediría que saliera la leche?

—No es eso. No, el problema sería tener al niño mirando la mancha mientras lo amamanta. Mis consideraciones no habían llegado a tanto, pero una persona que en realidad tiene una mancha piensa en esas cosas. Desde el día de su nacimiento se alimentaría allí y, desde el día que comenzara a ver, vería esa horrible mancha en el pecho de su madre. Su primera impresión del mundo, la primera impresión de su madre, sería esa horrible mancha, y allí quedaría esa impresión, a lo largo de toda la vida del niño.

—Ah, pero ¿no es eso inventarse preocupaciones?

—Uno podría alimentarlo con leche de vaca, supongo, o contratar a una nodriza.

—Para mí lo importante es si hay leche o no, no si hay una mancha o no.

—Me temo que no. Yo en verdad sollocé cuando lo escuché. No quisiera que nuestro hijo se amamantara de un pecho con una mancha de nacimiento.

—¿Ah, sí?

Ante esta muestra de ingenuidad, una oleada de indignación había embargado a Kikuji, una oleada de resentimiento hacia su padre, quien podía pasarlo por alto, aunque también él había visto la mancha.

Ahora, sin embargo, casi veinte años más tarde, Kikuji podía sonreír ante el recuerdo de la confusión de su padre.

Desde la época en que tenía diez años, más o menos, pensaba a menudo en las palabras de su madre y se sobresaltaba incómodo ante la idea de un medio hermano o media hermana que mamara en la mancha.

No era el simple temor a tener un hermano o hermana lejos del hogar, un extraño para él. Era más bien el temor de ese hermano o hermana en particular. Kikuji estaba obsesionado con la idea de que un niño que mamara de ese pecho, con la mancha de nacimiento y los pelos, sería un monstruo.

Aparentemente, Chikako no había tenido hijos. Uno podía, si lo deseaba, sospechar que su padre no se lo había permitido. La asociación entre la mancha y un bebé que habría entristecido a la madre podría haber sido el ardid de su padre para convencer a Chikako de que ella no quería niños. En todo caso, Chikako no tuvo ninguno, ya fuera cuando su padre vivía o después de su muerte.

Quizá Chikako había realizado su confesión poco tiempo después de que Kikuji viera la mancha, porque temía que Kikuji hablara del asunto.

Chikako no se había casado. Entonces, ¿la mancha había regido toda su vida?

Kikuji nunca se olvidó de la mancha. A veces incluso podía imaginar que sus destinos estaban enmarañados en ella.

Cuando recibió la nota que le avisaba que ella se proponía realizar la ceremonia del té como excusa para presentarle a una joven, la mancha flotó ante él una vez más y, puesto que la presentación la realizaría Chikako, se preguntó si la joven tendría la piel perfecta, una piel libre de la más leve marca.

¿Había su padre ocasionalmente apretado la mancha con los dedos? ¿La había mordido incluso? Tales eran las fantasías de Kikuji.

Aun ahora, mientras caminaba por los jardines del templo y escuchaba el gorjeo de los pájaros, éstas eran las fantasías que le venían a la mente.

Unos dos o tres años después del incidente, por alguna razón Chikako se había vuelto masculina en sus modales. Ahora era bastante asexual.

En la ceremonia de hoy, ella trajinaría de un lado a otro con energía. Quizás el pecho con la mancha se había marchitado. Kikuji sintió que una sonrisa de alivio afloraba a sus labios. Justo entonces, dos mujeres jóvenes se apresuraron detrás de él.

Se detuvo para dejarlas pasar.

—¿Saben ustedes si la casa que ocupa la señorita Kurimoto queda en esta dirección?

—Sí, así es —respondieron al unísono.

Kikuji ya lo sabía y era evidente, por la vestimenta, que se dirigían a una ceremonia del té. Había preguntado porque quería dejar en claro para sí mismo que asistiría.

Una de las muchachas era hermosa. Llevaba un bulto envuelto en un pañuelo con un diseño blanco de mil grullas sobre un fondo rosado de crespón.

2

Cuando Kikuji llegó, las dos muchachas se estaban cambiando los *tabi*^[1].

Miró el cuarto desde detrás de ellas. La habitación principal era grande, unas ocho esterillas de extensión. Aun así, los invitados presentaban una sólida hilera de rodillas. Parecía haber sólo mujeres, mujeres en brillantes kimonos.

Chikako lo vio de inmediato. Como si estuviera sorprendida, se puso de pie para saludarlo.

—Entra, entra. ¡Qué fortuna! Por favor, estará bien entrar desde allí. —Señaló la puerta corrediza en el extremo superior de la habitación, antes del nicho.

Kikuji se ruborizó. Sintió los ojos de todas las mujeres.

—Sólo mujeres.

—Más temprano estuvo un caballero, pero se marchó. Tú eres el único rayo de sol fulgurante.

—Apenas fulgurante, diría.

—Oh, no te preocupes, reúnes todos los requisitos. El único rayo escarlata.

Kikuji agitó la mano para indicar que prefería una puerta menos llamativa.

La joven envolvía las medias usadas en el pañuelo con las mil grullas. Se hizo a un lado para dejarlo pasar.

La antesala estaba abarrotada con cajas de dulces, utensilios para el té que había traído Chikako y bultos que pertenecían a los invitados. En un rincón alejado, una mucama lavaba algo.

Chikako entró.

—Bueno, ¿qué piensas de ella? Una muchacha bonita, ¿no?

—¿La que tiene el pañuelo con las mil grullas?

—¿Pañuelo? ¿Qué puedo saber yo sobre pañuelos? La que estaba aquí, la bonita. Es la joven Inamura.

Kikuji asintió vagamente.

—Pañuelo. En qué cosas extrañas te fijas. Uno debe tener muchísimo cuidado. Pensé que habían llegado juntos. Me sentí encantada.

—¿De qué hablas?

—Se encontraron en el camino. Es una señal de unión entre ustedes. Y tu padre conocía al señor Inamura.

—¿Sí?

—La familia tenía un negocio de seda en Yokohama. Ella no sabe nada sobre lo planeado para hoy. Puedes examinarla a gusto.

La voz de Chikako no era suave y Kikuji se sentía angustiado por temor a que la oyeran a través de la puerta con paneles de papel que los separaba del grupo principal. De pronto, ella acercó su rostro al de él.

—Pero existe una complicación. —Bajó la voz—. La señora Ota está aquí, y su hija con ella. —Estudió la expresión de Kikuji—. Yo no la invité, pero la norma es que cualquiera que se halle en el vecindario puede venir. El otro día incluso recibí a unos norteamericanos. Lo siento pero ¿qué puedo hacer si ella huele un romance? Por supuesto, no sabe nada de ti y la muchacha Inamura.

—¿Con respecto a mí y la muchacha Inamura? Pero yo...

Kikuji quería decir que no había venido preparado para un *miai*, un encuentro cuyo propósito anunciado era considerar una posible boda. Por alguna razón las palabras no salían de su boca. Sintió los músculos de la garganta ponerse rígidos.

—Pero la señora Ota es quien debería sentirse incómoda. Tú puedes simular que nada anda mal.